

## ANTECEDENTES NO MARXISTAS EN LENIN: LOS ORIGENES DEL COMUNISMO RUSO

POR

ANGEL MAESTRO MARTÍNEZ

Suele creerse vulgarmente, aun entre pretendidos conocedores de la obra y del pensamiento leninista, en la existencia de un origen y exclusividad marxista en Vladimir Ilich Ulianov, Lenin. Desde los orígenes de su formación política, ésta habría sido influida casi unidireccionalmente por la doctrina de Carlos Marx.

Se ha insistido hasta la saturación por sus apologistas sobre la fidelidad absoluta hacia Marx, en la identificación total entre ambos, y en considerar a Lenin el intérprete más fiel y lúcido del marxismo.

Los historiadores soviéticos repiten incansablemente, llegando a la saciedad, las excelencias de Lenin como supremo intérprete y pontífice del marxismo. Versión posterior de los improperios contra los marxistas contemporáneos dirigidos por el propio Lenin, a los que éste denostó e insultó ferozmente en numerosas ocasiones a lo largo de su vida.

Los epítetos más feroces de Lenin no están dedicados a la autocracia zarista o posteriormente a los gobiernos conservadores de otras naciones, o a los regímenes considerados reaccionarios; los insultos más duros, los calificativos peores están dedicados a los marxistas contemporáneos, no bolcheviques, a los que zahiere sin tasa.

Lenin presenta a lo largo de toda su vida, y sobre ello he insistido en numerosas ocasiones, y pienso seguir haciéndolo, una particularidad excepcional: la de no seguir al marxismo cual un texto normático y rígido. Por el contrario, lo adapta a la parti-

cularidad de las situaciones históricas y de los hechos concretos. Es una guía para la acción, no el pensar en cada momento: ¿Qué diría Marx?

Es el marxismo-leninismo, con esa mezcla de dureza y flexibilidad —unido también a cierta estulticia liberal, histórica—, lo que permite que Lenin no sea hoy una reliquia histórica, como lo son Bakunin, Proudhon, Fourier, etc.

Lenin fue un gran conocedor de la obra de Marx, aunque había contemporáneos suyos aún más especializados y expertos en el marxismo. Como eran enemigos de Lenin, la historiografía soviética los ha deshecho. Los hagiógrafos de Lenin oscurecen a Plejanov, maestro de los marxistas rusos exiliados, e incluso admirado por un Lenin joven. Plejanov será atacado por Lenin llegando a la ruptura posteriormente, por ser considerado el hombre que en cada momento recurre a lo que Marx tiene escrito en esa situación, o en la más similar posible.

Conocedor extraordinario de la vida y obra de Marx, cae en el fetichismo frente al pragmatismo leninista. Plejanov deja de hacer cualquier cosa en una situación determinada; diría que no coinciden la realidad y lo expuesto por Marx en tal o cual perspectiva.

También el heredero intelectual de Federico Engels, Karl Kautsky, es atacado ferozmente por Lenin y sus apologistas. Kautsky, en mi opinión, fue posiblemente el personaje de su época más conocedor de Marx. Igualmente Berstein, enemigo primero de Kautsky y posteriormente tachado por Lenin de renegado y traidor, era una figura de su época que dominaba profundamente el marxismo.

Mas Lenin no se limitaba a seguir cualquier situación en base a lo que Marx tendría previsto para cada caso. Kautsky, Berstein y Plejanov, por citar tan solo a estos tres destacados personajes, sabían más de marxismo y de Marx que Lenin, pero de un marxismo erudito y libresco; de un marxismo inútil.

El casi inconmensurable número de páginas escritas sobre el leninismo y la fidelidad al marxismo ha llevado a muchos a desconocer los componentes revolucionarios, muchos de ellos es-

pecíficamente rusos en la formación de Lenin. Entre los grandes investigadores no, desde luego, e incluso entre las instituciones de investigación científica y académica rusas tampoco.

Existen numerosas obras explicativas sobre los antecedentes no marxistas de Lenin, llegándose a veces a conclusiones peregrinas sobre el particular y de muy dudoso rigor intelectual e histórico. Pero lo cierto es que entre la literatura, copiosísima, que hemos tenido que analizar, y que constiuye solo una fracción, una pequeña parte de la verdadera montaña de obras y publicaciones sobre los orígenes no marxistas de Lenin, hemos procurado expurgar entre ella, para con rigor intelectual y un análisis que hemos querido sea cuidadoso, extraer las verdaderas soluciones sobre el fenómeno Lenin.

Sin duda la personalidad más importante del siglo xx, y sobre la cual se puede ser detractor o partidario, crítico o entusiasta; pero frente a la cual solo el ignorante o el necio puede ser indiferente, ya que sus terribles consecuencias han arrastrado a la humanidad o al menos a una parte enorme de la misma a una revolución de proporciones desconocidas.

En España, lamentablemente, como hay tantas cosas que no son la cultura superficial del periódico o noticiario televisivo o radiofónico, muy poco se ha escrito sobre los orígenes y la influencia no marxista en la formación de Lenin. Los tópicos y los lugares comunes alcanzan las mismas proporciones de necesidad que cuando se habla vulgarmente de «perestroika» y «glasnots» (1). Este desconocimiento suele darse incluso entre muchos de sus seguidores, propicios a atribuir a Lenin una formación exclusivamente marxista, desconociendo los antecedentes no marxistas en su pensamiento y en su obra.

---

(1) Como es sabido, estas dos palabras rusas: reestructuración y transparencia —aunque también admite la primera otra acepción como publicación— han superado su difusión rusa, para convertirse en conceptos de uso popular fuera de la Unión Soviética, especialmente en Occidente. Generalmente por personas que desconocen casi por completo el marxismo-leninismo (n. del a.).

### Los precursores.

Resulta relativamente fácil el encontrar, y cuando no se encuentran se hacen aparecer, antecedentes de cualquier movimiento ideológico. Más aún cuando se dispone para ello de un colosal aparato de propaganda e investigación; tal es el caso del Estado soviético.

Al poco tiempo de la toma del poder por los bolcheviques y ya afianzada su dictadura, los organismos correspondientes tomaron sobre sí la tarea de buscar los antepasados del comunismo. El antecedente más remoto que hemos podido encontrar utilizado por dichos investigadores se remonta a 1534, año en que la secta Anabaptista se apodera de la ciudad de Münster (2) para constituir un estado comunista denominado «La Nueva Jerusalén».

Es el primer paralelismo encontrado por los estudiosos soviéticos. Entre Lenin instaurando el terror, ya después de octubre de 1917 y Johann Bocklson, jefe de la secta. Bocklson justifica el terror para defenderse de sus enemigos e instaura algunos principios «comunistas»: abolición de la propiedad privada, trabajo obligatorio, control de las personas.

Michel Heller, sin duda uno de los más profundos conocedores del universo comunista, al tratar de los precursores de Lenin y de su influencia en éste, dice:

«Se han consagrado centenares de obras a la idea rusa del bolchevismo y a los antepasados rusos de la revolución de octubre y del poder soviético. No es menos cierto que si una revolución semejante se produjera en Francia, Inglaterra, o en cualquier parte también se le encontraría con facilidad antecedentes en la historia del país, como se viene haciendo en las naciones donde se instauró 40 años atrás un sistema de tipo soviético: se buscan —y se encuentran— precursores del socialismo en la

---

(2) Se trata de la misma Münster, de Westfalia, donde el 24 de octubre de 1648 se firmó la paz de su nombre y se selló el ocaso de España como gran potencia, así como también de su concepción del mundo (nota del autor).

historia de China o Polonia, de Albania o de Cuba, de Camboya o Checoslovaquia» (3).

Como es obvio, los antecesores rusos del bolchevismo han sido objeto de mejores estudios que los otros. Apasionantes para el historiador, esos precursores son también de interés indudable para el hombre del siglo xx.

La idea moderna del hombre nuevo, como antecedente del hombre soviético, aparece en lo esencial a partir de 1860. Las cualidades de este ser llamado a convertirse a la vez en instrumento y en objetivo, son evidentes por universales.

### Pestel.

Dejando aparte casos traídos de forma tan excesivamente elaborada, como el de los anabatistas de Münster, los primeros hechos que creemos pudieron influir de forma cierta en Lenin se realizaron el 14 de diciembre de 1825. Se produce en San Petersburgo la sublevación de un regimiento de la Guardia, apoyado por varias compañías de Marina, contra el zar Nicolás I. Los rebeldes se negaban a jurar acatamiento a Nicolás acusándole de ilegítimo y considerando emperador legítimo a su hermano Constantino, quien había renunciado al trono, para proclamarle monarca constitucional.

Este era el mero pretexto de la revolución conocida por el nombre de su mes, la de «Los decembristas» que serviría de inspiración incluso a numerosas obras bolcheviques entre ellas una ópera, «Los dekabristas» (4).

La sublevación de 1825 no fue llevada a cabo —casi nunca suele ocurrir habitualmente— por el pueblo, sino por una mi-

(3) M. HELLER: *El hombre nuevo soviético*.

(4) Bajo el pretexto de restaurar en el tronco a Constantino, y declarar usurpador a Nicolás, asomaba la transformación de Rusia. Existían dos grupos de conspiradores: los oficiales, integrados en la sociedad del norte, partidarios de una monarquía constitucional, tipo británica, y los de la sociedad del sur. Estos se inclinaban abiertamente hacia un régimen jacobino (n. del a.).

noría ilustrada en nombre de éste, lo que también es habitual. Un grupo de oficiales de la Guardia de familias nobles engañan a la tropa ignorante al que se le hace creer que el zar era un usurpador.

Pero desde diciembre de 1825 existe una quiebra, una distancia jamás salvada entre gobierno y sociedad, quiebra que ha servido de fundamento para las luchas revolucionarias y que, posiblemente, está en la raíz del levantamiento que en octubre de 1917 permitió a Vladimir Ilich, Lenin, colocarse a la cabeza del régimen soviético, dice acertadamente el historiador y estudioso Adam B. Ulam (5).

Sigamos con Ulam: «Los conspiradores de 1825 se formaron sin excepción en las sociedades secretas de empleados, oficiales y funcionarios que se desarrollaron en Rusia hacia finales de las guerras napoleónicas. Terminó la exaltación de la resistencia nacional contra los franceses y terminaron también las victoriosas campañas en Europa. Era natural que, en medio de la rutina y el tedio consiguiente de la vida castrense, los oficiales jóvenes trataron de agruparse y cambiar ideas sobre las nuevas concepciones de esa época. Las gueltas victoriosas, paradójicamente, pusieron en peligro al régimen zarista, pues mostraron a algunos hombres jóvenes y sensibles una manera de vivir y una cultura incomparablemente más refinada y libre: la del occidente».

Ciento veinte años después, en 1945, el gobierno soviético tomaría medidas extraordinarias para cortar la influencia de las ideas occidentales y para aislar del resto de la sociedad soviética a los rusos que estuvieran particularmente expuestos a ella. Así, numerosos miembros del ejército rojo, tanto oficiales como tropa, que habían estado en contacto con ideas y forma de vivir occidentales, durante su expansión por Alemania, Austria y otras naciones europeas serían particularmente vigilados, controlados e incluso encarcelados.

En la revolución de 1825, cuarenta y cinco años antes de que naciese Lenin, encontramos en uno de sus dirigentes, el co-

---

(5) ADAM B. ULAM: *Los bolcheviques*.

ronel Paul Pestel (6), el antecedente más lejano de los posteriores revolucionarios rusos del siglo XIX, que tanto influirían en la mentalidad leninista posteriormente.

Pestel posee ese mesianismo del revolucionario ilustrado que le lleva a la destrucción total de la sociedad existente para poder así construir una sociedad nueva y utópica. Su odio al sistema parlamentario presenta características típicas de la futura fobia bolchevique a esos sistemas liberales. Considera los regímenes parlamentarios de Inglaterra y Francia de vulgar verborrea democrática, expresión de la hipocresía de unas clases dominantes que se recubren con un disfraz para ocultar a aquellos que son los que de verdad controlan y poseen los resortes del poder.

Pestel tiene características que agradan al futuro historiador comunista. Estudia la reforma de la sociedad más allá del modelo jacobino, pues llega al control no solo de la sociedad sino de la persona. Quiere nacionalizar la tierra. Pero, superando a los jacobinos clásicos, proyecta la constitución de un eficaz servicio de policía y espionaje, concretando detalles que parecerían propios de la Cheka o del KGB (Comité para la Seguridad del Estado). También considera que el espía y policía debe estar mejor pagado que el oficial del ejército.

Estudioso del control total de la sociedad, propugna la desaparición de las sociedades secretas, masónicas. Solo debe permanecer su grupo de conspiradores. La semejanza con los revolucionarios profesionales del futuro partido bolchevique es innegable.

Antes de llegar a la sociedad ideal y libre, será necesario un tiempo de feroz dictadura ejercida por los conspiradores. ¿Más similitud con la realidad futura?

Pestel llega a pomnchorizar el terror cual si del anticipo de una nueva Cheka se tratase. Considera que no solo debe ejecu-

---

(6) Con la excepción casi única del erudito y documentado estudioso Falconelli, todos los investigadores del sistema soviético, de cualquier tendencia señalan el episodio decembrista como el punto de partida original de la futura revolución (n. del a.).

tarse al emperador; se incluye en el crimen a todos los miembros de la familia imperial, tanto mujeres como niños.

La falta de apoyo popular fue total. El coronel Muraviev, también ejecutado y representante de la tendencia más moderada, quiso tomar Kiev, aunque el gobierno, conocedor de la trama, había detenido a Pestel días antes. La represión fue dura: cinco de los conspiradores fueron condenados a ser descuartizados, 31 guillotizados y 84 desterrados a Siberia, dentro de un total de más de 1.000 detenciones. El zar conmutó el descuartizamiento por la horca.

Uno de los deterrados a Siberia, dirigiéndose al poeta Puschkin, le habló de la «chispa de la libertad» de los revolucionarios. La frase textual era: «... y la chispa encenderá la conflagración». El primer periódico publicado a comienzos del siglo xx por los órganos revolucionarios comunistas exiliados, por sus dirigentes Lenin, Plejanov, Martov, Potresov, Axelrod, Vera Zaslulich, y luego Trotski, se llamará *Iskra*, «chispa». La chispa que encenderá la llama. Asombrosa continuidad revolucionaria; similitud cierta entre los nobles y el partido del proletariado.

### Belinski.

Vissaron Grigorevich Belinski es uno de los más caracterizados representantes de esta corriente acertadamente calificada como de occidental en su discurso-forma, pero oriental en su esencia despótica. Como occidentalistas en contraposición a los más eslavizantes figuran, íntimamente unidos, Belinski y Herzen.

---

(7) Vissaron Grigorevich Belinski (1810-1848). Presentado siempre, de forma inseparable junto a Herzen, es más rudo e inculto que este último. Su personalidad refleja de modo nítido la característica fanática de la nueva «intelligentsia» rusa. Seguidor en un principio de Schelling, descubre posteriormente a Hegel, y luego cae bajo la influencia de Feuerbach y los jóvenes hegelianos. Su cerebro agitado busca febrilmente una nueva religión militante, que le hace caer en un cambio continuo, agitado y tormentoso. La última publicación caída en sus manos procedente de cualquiera

Autócrata al límite en su vida y en las relaciones con los demás. «Perseguido con una intratable neurosis de búsqueda ideológica, pasaba continuamente de un extremo a otro, desde el fervor romántico hacia Fichte y Hegel, al apasionamiento por el materialismo de Feuerbach; desde el reconocimiento del papel histórico desempeñado por el zar a la predicación de un nuevo dogma socialista». «Belinski no ejercía la crítica en un verdadero sentido de la palabra: daba órdenes, editaba boletines mordaces, lanzaba anatemas, pronunciaba veredictos condenatorios, dispersaba soluciones»: «la literatura rusa es mi vida y mi sangre». Herzen le define con gran nitidez: «fuera de la polémica, cuando no estaba irritado no sabía expresarlo bien; pero si se sentía atacado en sus más íntimas convicciones, los músculos faciales se le crispaban y se le quebraba la voz. Había que verle entonces. Se avalanzaba sobre su víctima como una pantera, la despedazaba, la tornaba ridícula, grotesca y, finalmente, digna de compasión, expresando su pensamiento con extraordinario lirismo y vigor. La discusión terminaba a menudo en sangre: la que le brotaba de su boca de enfermo. Pálido, jadeante, con la mirada fija en su adversario alzaba su mano temblorosa, se llevaba el pañuelo a los labios y se interrumpía de golpe trastornado y deshecho por el desfallecimiento». Belinski moriría al poco de cumplir los 38 años.

Defensor en un principio de la autocracia zarista y del papel por ella desempeñado, Belinski acabaría cayendo en el socialismo.

Varios de sus proyectos serían después admitidos por el Estado comunista, como el del que el arte en sí no era válido, sino que poseía un sentido social que debía ejemplarizar y edificar. Clarísimo anticipo de lo dado en llamar más de cien años después «realismo socialista». Válido para cualquier expresión del arte que debe estar acomodada a la realidad socialista, so pena de caer en degenerativo y decadente. El realismo llevado a cabo

---

de los círculos intelectuales europeos le hace revisar totalmente sus ideas de ayer, condenarlas y abrazar apasionadamente la última (n. del a.).

(8) ENZO BETTIZ: *El misterio de Lenin*.

por Zhadanov, bajo Stalin, representa una asombrosa confirmación de las tesis de Belinski.

Por otra parte, su odio a lo liberal y a la civilización democrática, la francesa en particular, le lleva a una admiración fervorosa por la Alemania romántica. La germanofilia de parte de la intelectualidad rusa, frente al afrancesamiento de la sociedad de San Petersburgo.

«¡Qué se vayan al diablo los franceses!», llega a decir. Su influencia no ha hecho más que perjudicarnos, sigue. Hemos imitado su literatura acabando con la nuestra. Alemania, esa es la Jerusalén de la humanidad moderna», afirma.

Vemos en su obra algo, un indicio si se quiere, que suena inequívocamente a leninista. Aprovechando las fuerzas primitivas de Rusia, mesiánica y revolucionaria para llegar a un comunismo, sin pasar por fases democráticas intermedias. Odio al liberalismo y al parlamentarismo.

Deseo de recuperar lo específicamente ruso que choca de frente con el liberalismo francés. Identificación con las esencias genuinamente rusas de principios del siglo XIX de la obra del almirante Sishlov, «Observaciones sobre el amor a la patria», y que puede ser el equivalente ruso al discurso a la nación alemana de Fichte.

## Herzen.

Alejandro Herzen (9) es el aristócrata revolucionario que «solicitaba revoluciones desde la seguridad y el lujo de su residen-

---

(9) Alejandro Herzen (1812-1870). Más culto y preparado que Belinski es uno de los puntales básicos que en los años 40 del siglo XIX constituirán las fuentes de inspiración del movimiento revolucionario. Alejandro Herzen, al igual que Belinski, bebió en las fuentes de Schelling. Hijo ilegítimo de un noble progresista que le concedería la misma educación y forma de vida que a los miembros de la clase alta.

Tras el seudónimo «Iskander», su popularidad se extendió entre los medios liberales. A principios de 1840 rompe con Belinski, adoptando posiciones más avanzadas que éste, aunque después se reconciliarían (nota del autor).

cia en el extranjero, denunciaba el materialismo y vivía con la cómoda renta que representa varios millones de rublos y, en fin, molestaba a los menos cultos demostrándoles su falta de educación. Sus contemporáneos extremistas, por tanto, le consideraban un poco vanidoso. Pero el pensamiento revolucionario posterior reconció sus servicios». «Herzen ha sido siempre uno de los favoritos de los extranjeros, que conocen la tradición revolucionaria rusa..., no podía evitar, aunque quisiera, la manifestación de su aristocratismo de cuna y de intelecto» (10).

Conocedor de Europa por sus viajes, el agotamiento de la revolución de 1848 que sacudió al continente, golpeó fuertemente sus convicciones sobre las posibilidades revolucionarias europeas. Desengañado de las perspectivas sobre la revolución que podían esperarse, Herzen considera a Europa «vieja y decrepita» y se vuelve hacia el nacionalismo ruso. De forma contemporánea a Marx, creía que el capitalismo —cuando en realidad se encaminaba hacia su mayor auge— estaba en la agonía y por tanto Rusia no se salvaría con las virtudes del liberalismo británico y de la burguesía francesa.

Herzen ha sido considerado por el mismo Lenin como uno de los grandes precursores del leninismo. Cierta similitud, a pesar de la diferencia de fortuna, muy superior en Herzen con sus millones de rublos. Similitud por proceder ambos de ambientes selectos, educados, cultos, refinados. Bien lejos del populismo y no digamos del ambiente del verdadero proletario.

Es el autor del llamado socialismo popular ruso, donde se elogian las particularidades de la organización campesina rusa, la «obschina», organización comunitaria típica de las aldeas rurales desde hacía bastante tiempo. Gran influencia sobre Herzen ejercía su profesor, el alemán varón von Haxtausen, quien admiraba esa peculiar organización rusa de la «obschina». Al igual que posteriormente se idealizarían las virtudes del proletariado, ahora se idealizaban las virtudes del campesino.

La idealización de esa pretendida sociedad ideal nos recuer-

(10) ULAM: *op. cit.*

da la admiración desatada por las églogas de las bellezas de pastores y campesinos tan alejadas de la realidad. Esa Arcadia pastoril, de arroyos cristalinos, y abundantes frutos, y pastores que tañen la zampoña y tocan el caramillo. En la realidad tan lejos están las bellezas de los unos como las virtudes innatas de los otros.

Haxthausen admiraba la «*obschina*» así como la asamblea donde los miembros de la comuna, el «*mit*», asignaban periódicamente las distintas parcelas entre sus miembros, juzgando, además, las disputas entre los campesinos.

Esta peculiar democracia agrícola fortaleció a los enemigos del sistema occidental en Rusia, tanto a los conservadores como a los revolucionarios. ¿Para qué un parlamento si ya existía una institución mucho más democrática y social?

Herzen odiaba al industrial europeo, y a su modelo ruso, mucho más aún que al latifundista clásico, aunque él recibió de forma decisiva el apoyo de los Rotschild, en su disputa económica con el zar.

Una de sus obras más destacadas fue el periódico *Kotokol*, «La Campana», en la que incluso se produjeron elogios al zar Alejandro II por sus innegables —a pesar de los críticos— medidas liberalizadoras, y es que Alejandro II realizó una verdadera revolución en Rusia. Pero lleno de idealismos y de prejuicios románticos en la defensa, siempre preeminente, en arias de la libertad, verdadera utopía para Herzen; la influencia de «La Campana» decayó rápidamente después de éxitos ciertos pero de corta duración.

Desbordado por los más extremistas y a su vez desconfiado y receloso frente a las nuevas corrientes del socialismo europeo, fue enemigo, tanto de Bakunin como de Marx.

Propugna un peculiar estado popular, antimonárquico y enemigo del centralismo, y propone la abolición del Estado para una etapa futura. Algo similar, y que nos recuerda la abolición del Estado cuando la sociedad socialista ha trascendido ya a la etapa comunista.

## Chernichevski (el gran precursor).

Nos encontramos ante la personalidad más destacada de todos los precursores que contribuirían a formar la personalidad política e intelectual de Lenin (11).

De gran impacto en la Rusia de su época, sus obras, «Relaciones estéticas del arte con la realidad», donde existe cierta similitud con Belinski, y aun con el futuro realismo socialista de Zohanov respecto al arte y a la sociedad, o «Crítica de los prejuicios filosóficos contra el régimen de la Obschina», colabora como periodista en *El Contemporáneo*, dirigido por otro revolucionario, Nekrasov.

Miembro de la sociedad secreta «Zemlya i Volia», «Tierra y Libertad», es detenido sin embargo por una proclama revolucionaria aparecida en una revista política minoritaria.

Llevado a la cárcel, en San Petersburgo, en la fortaleza Pedro y Pablo; de allí surgiría su obra decisiva y que tanto influiría en Lenin y, por consiguiente, en el futuro bolchevismo.

Se trata de la novela *¿Qué hacer?*, fundamental para la concepción de lo que deberá ser en el futuro el hombre nuevo soviético. *¿Qué hacer?*, nombre también de la obra probablemente más importante de Lenin, aparecida en 1902.

Asombrosamente la censura permite la aparición de la obra en 1863. Según comenta Michel Heller: «La actitud del censor carecía de lógica: la novela le pareció demasiado mala para encontrar lectores. En efecto, es rematadamente mala. Pero qué importaba. En definitiva, no se trataba tanto de literatura como de ideología». La actitud de la censura rusa recuerda la de la

---

(11) Nikolai Gavrilovich Chernichevski (1828-1889), hijo de pope, y él mismo seminarista durante solo un año. Economista, periodista, novelista y crítico, representa una personalidad abrumadora con unas ideas radicales para el cambio total de la sociedad; Marx, parco y avaro en los elogios, le califica como «el gran escritor y crítico ruso que ha expuesto magistralmente la bancarrota de la economía burguesa». Pero Chernichevski no era marxista; su visión de la sociedad futura se basaba en cierto socialismo utópico como el de Fourier y Louis Blanc (n. del a.).

Conferencia Episcopal de los Estados Unidos frente a la blasfema película del cineasta Scorsese sobre la vida de Jesús. La condena, no por su contenido, sino porque dicen que es una película de mala calidad.

¿*Qué hacer?* influyó de forma extraordinaria sobre los revolucionarios de su tiempo y posteriores. Su subtítulo, «Retrato de hombres nuevos» es clarificador. Es el nuevo hombre bolchevique, diferenciador, por tanto, de otros revolucionarios románticos; es la identificación total con la revolución. Esta se convierte no solo en el motor sino en la causa fundamental de la existencia. El revolucionario que vive por y para la revolución se convierte en el profesional, en el que todo está supeditado a la causa revolucionaria.

¿Es que no será así el futuro líder revolucionario comunista? ¿En el grupo de revolucionarios profesionales dirigentes en el exilio primero, y luego en el poder del Estado soviético?

Su personaje clave, libresco todavía cuando Chernichevski le da a luz, es el revolucionario Rajmetov.

Rajmetov representa ese personaje, libresco aún, pero que sería después la encarnación del revolucionario ideal. El hombre nuevo, sin sentimientos, dispuesto a hacer tabla rasa de todo el pasado, de toda la sociedad, de sus afectos humanos y familiares, Rajmetov será el inspirador del «homo sovieticus» ideal.

Lenin perfeccionará el revolucionario de Chernichevski, y con su socialización marxista creará el nuevo *specimen*.

Lenin se entregará a la lectura de Chernichevski con ese ardor y dedicación típicamente suyos. Y escribirá, con esa repetición característica, con esa insistencia fuera de lo normal, con esa pesadez pedagógica, que según Falcionelli era necesaria para embotar a sus auditores, y de ese modo reducirlos sin escapatoria a su voluntad.

Durante el período en que Lenin estuvo por primera vez confinado por la policía, entre los 17 y 18 años, en el período que va desde diciembre de 1887 a octubre de 1888 en su casa de Kokuschkino, devoraba las revistas en que colaboraba Chernichevski, como el *Contemporáneo*, *Otechestveanyezapski* y *Vest-*

*nikevropy*. Pero dejemos que se exprese el propio Lenin; su admiración por Chernichevski resalta por sí sola sin necesidad de comentarios.

«Mi autor favorito era Chernichevski, todo lo que de él apareció en *El Contemporáneo* lo leí hasta la última línea. Y no solo una vez. Gracias a Chernichevski empecé a conocer el materialismo filosófico. El fue el primero en mostrarme el papel desempeñado por Hegel en el pensamiento filosófico, y por él tuve acceso a conocer todo el método dialéctico; después de lo cual me resultó mucho más fácil asimilar la dialéctica de Marx. Leí de principio a fin los espléndidos ensayos de Chernichevski sobre estética, arte y literatura y descubrí la figura revolucionaria de Belinski. Leí todos los artículos de Chernichevski acerca del problema campesino, sus glosas sobre la traducción de la economía política de Mill, y puesto que Chernichevski se mofaba de la ciencia económica burguesa, eso constituyó una buena preparación para pasar más adelante a Marx. Leí con particular interés y provecho las asombrosas reseñas, por la profundidad de su pensamiento, redactadas por Chernichevski sobre la vida en el extranjero. Leí a Chernichevski, lápiz en mano, tomando notas, haciendo comparaciones..., no ha habido hasta la fecha ningún otro revolucionario ruso que condenase con igual fundamento, agudeza y energía el carácter vil, vulgar y traicionero de todo el liberalismo..., antes de que estudiase a Marx, a Engels, a Plejanov. Chernichevski ejerció sobre mí, por sí solo, una influencia abrumadora..., cuando hablo de la decisiva influencia que sobre mí ejerció Chernichevski no puedo silenciar la influencia complementaria que recibía al propio tiempo de Dobroliubov, amigo y compañero de viaje de Chernichevski».

Pero abundando más en el tema, el escritor Vladimír Nabokov, citado también por Bettiza (12), dice: «Lenin consideraba a Chernichevski el último escritor verdaderamente grande, capaz de mantenerse desde los años 50 hasta 1888 al nivel del materialismo filosófico integral». En cierta ocasión, volviéndose

12) BETTIZA: *op. cit.*

hacia Lunacharski fugazmente, le dijo en un tono un punto triste: «no creo que Vladimir Ilich haya querido de igual forma a ninguna otra persona..., creo que él y Chernichevski tienen mucho en común». «Mucho, sin duda alguna contestó Lunacharski».

Otro reconocido soviólogo, Alain Beçançon, en su obra «Lenin hombre nuevo o heredero de la vieja Rusia», destaca detalles de Chernichevski que serían seguidos después por Lenin, como el pensar que las obras fundamentales sobre cualquier materia no son muchas y el que las demás no hacen sino repetir, diluir y remachar lo que anteriormente haya sido formulado de manera más completa. Hay que leer, pues, únicamente aquéllas, previendo de esa forma dominar la cultura y acelerar la adquisición de conocimientos.

El revolucionario lituano Nikolai Valentinov, autor de la obra «Encuentros con Lenin», publicada en 1953 en los Estados Unidos, y que durante los primeros años del siglo fue miembro del círculo íntimo de Lenin durante su primer exilio en Suiza, concretamente en Ginebra, insiste de forma sumamente destacada en no considerar a Lenin como el seguidor ciego de las doctrinas marxistas y de la experiencia socialista alemana, sino que considera la importancia de la formación sobre Lenin de la obra de Chernichevski y de otros revolucionarios rusos.

Cuando Valentinov se expresa en la conversación con Lenin de forma desfavorable sobre la obra *¿Qué hacer?*, y considerando que el ruso en que está escrito era aún más detestable que el de Belinski, Lenin —que según los expertos en lengua rusa tampoco era un modelo gramatical— salta de forma indignada al juzgar la crítica de Valentinov sobre *¿Qué hacer?*

Lenin se manifiesta, una vez más, de forma tan rotunda y clara; claridad que resulta difícil, en su opinión, sobre otros personajes: «excavó y labró —*¿Qué hacer?*— en lo más profundo de mis entrañas». Sigue diciendo Lenin: «no sirve de nada leerlo cuando se está todavía en pañales». «La novela de Chernichevski es demasiado complicada, está demasiado llena de ideas para que pueda comprenderla y apreciarla un muchacho. La primera vez que cayó en mis manos tenía, creo, 14 años. Fue una lec-

tura inútil y superficial. Pero después de la ejecución de mi hermano, sabiendo que la novela de Chernichevski había sido uno de sus libros predilectos me puse a leerlo en serio y le dediqué no ya días sino semanas. Solo entonces comprendí su profundidad. Es uno de esos libros que le marcan a uno para toda la vida. Los libros elementales no producen ese efecto».

Otro de los presentes —sigue recogiendo Bettiza—, Gusev, también exiliado, intervino en ese punto para preguntar a Lenin: «¿Entonces no es casualidad que en 1902 le pusiera usted a su libro el título de *¿Qué hacer?* «¿Es posible —le respondió Lenin— que hasta ahora no haya caído en eso?».

En su subconsciente Lenin sería influido hasta tal punto por la obra de Chernichevski, que una de sus obras más decisivas, *¿Qué hacer?*, posiblemente la obra más importante del leninismo, tuviese el mismo título de la de su admirado Chernichevski.

Chernichevski presentaba características específicamente rusas, difíciles de reproducir en un revolucionario europeo e incluso en un liberal clásico al estilo de los demócratas europeos. Así, Ulam, citando a su biógrafo Steklov, una particular anécdota en la que los historiadores soviéticos no pueden por menos de referirse a ello con disgusto. Y es que Chernichevski, a pesar de no ser creyente y de tener una actitud extremista, gustaba de asistir a los servicios religiosos y se persignaba siempre al pasar frente a una iglesia.

Su odio contra la burguesía liberal y contra los funcionarios es característica y normal en los revolucionarios rusos, superior a su odio contra la autocracia zarista o contra los terratenientes.

Los historiadores soviéticos, sigue diciendo Ulam, le han llevado al rango de gran precursor. Resulta difícil calificarlo en la escolástica soviética: ¿populista? ¿Revolucionario democrático con toque de socialismo utópico? Afirman que a pesar de la falta de la gracia final del marxismo, de ese toque definitivo, no hay figura anterior a Lenin que pueda compararse con Chernichevski. Chernichevski representa una concepción total de un mundo nuevo.

Lavrov.

Las «Cartas históricas» de Lavrov (13), editadas en 1870, son consideradas por Berdiaev como el manual donde se condensa la «intelligentia» populista. Quiere dar a la revolución un contenido ético y moral, por lo que su actitud revolucionaria es distinta a la de los «extremistas» como Nechaiev. Considera que el aspecto moral de la revolución no se podrá conseguir sin la educación gradual de las masas.

Lavrov, según Falcionelli, es inexplicable sin Blanqui, Marx, Hegel, Feuerbach, pero a condición de agregarles a Chernichevski y a Bakunin. «Lavrov adopta el positivismo de Comte, pero negador de las formas jurídicas y sociales modernas...». Su retorno al pasado ruso es aún más radical que el de los eslavófilos, puesto que se opone a toda modernización, como la pregona Marx y los marxistas en la directriz capitalismo-industrialización-socialismo, pues el suyo quiere ser un socialismo fundamentalmente agrario y artesanal. Ellos no van a buscar apoyos ideológicos en Marx, sino en Proudhon y, en aquello que los entronca con el pasado ruso, en el viejo *artel*, que es la forma primitiva de la organización agraria comunitaria. De ello saldrán, a finales de siglo, los socialistas revolucionarios que, tras un prolongado período terrorista, se transformarán en partido legal de la «du-

---

(13) Piotr Lavrovich Lavrov (1823-1900) es acertadamente calificado por B. ULAM como uno de los líderes más moderados de los extremistas. De padre militar y rico latifundista, estudió en la academia de artillería de la que posteriormente sería profesor de matemáticas. Lector, primero de Kant, Feuerbach, Hegel, Blanc, Proudhon y los utópicos Fourier y Sant Simon, identificado posteriormente con la ideología de Herzen, puede establecerse con él cierto paralelismo doctrinal. No identificable desde luego a pesar de su moderantismo con los utópicos clásicos, pues critica fuertemente a aquellos ihusos que piensan que hay que ir a trabajar con el pueblo como médicos, maestros y similares, preconizando que es una fuerza perdida para la revolución y absolutamente inútil.

La «Intelligentia» debía tener como misión llevar la revolución a las clases populares (n. del a.).

ma» o parlamento antes de hacer retorno, una vez triunfante el bolchevismo, a sus viejas prácticas pirotécnicas» (14).

Tanto Bakunin como Lavrov piden a la juventud que «vaya al pueblo, pero mientras éste apela a la educación moral, al ideal moral del socialismo, Bakunin llama al «instinto». Para los bakunistas los únicos verdaderos revolucionarios son Steñka Razin y Emilian Pugachev (15).

Lavrov chocaría con otros revolucionarios destacadísimos, como Tkachev. Es cierto que puede considerársele como continuador de Herzen, como antes comentábamos enemigo de la violencia y del terror como medios para justificar el fin. Populismo educativo destinado a ser rebasado inmediatamente por ideólogos más extremistas y también menos utópicos.

#### Nechaiev.

Serguei Nechaiev (16) es muy probablemente el personaje del revolucionario descrito por Dostoievski en «Los endemoniados».

(14) FALCIONELLI: *op. cit.*

(15) Steñka Razin, desde 1667 a 1671, encabezó una terrible rebelión, dominando extensas zonas de la cuenca del Volga y conquistando ciudades muy importantes. Fue ejecutado en 1671 en Moscú, después de haber ocasionado varios miles de víctimas. La rebelión de Emilian Pugachov, quien se presentaba como el zar Pedro III, esposo asesinado de Catalina II, tuvo efectos aún mayores, ocupando territorios más extensos que Razin. Sus bandas constaban de cosacos disidentes y de tribus asiáticas, como kalmukos, kirguises, etc. Derrotado por las tropas rusas al mando del general Suvorov, fue ejecutado en Moscú el 10 de enero de 1775 (FALCIONELLI: *op. cit.*).

(16) Serguei Nechaiev (1847-1882), colaborador en un principio de Bakunin, era al igual que otros revolucionarios hijo de pope. Ayudado por Bakunin funda la publicación *La justicia del pueblo*, conocida por «el hacha». Después de haber fracasado como profesor se dedica plenamente a la revolución entre los círculos estudiantiles de San Petersburgo.

Personalidad apasionada al límite, autor de su propia leyenda como revolucionario, presenta características que serían propias del bolchevique conspirador que vendría posteriormente. Denuncia a otros revolucionarios opuestos a sus ideas a la policía secreta, lo cual es reconocido incluso con benevolencia por historiadores comunistas como Petrovski (n. del a.).

El revolucionario profesional dispuesto a todo y llevado al extremismo más absoluto para el triunfo de la revolución, e implantar la sociedad por él imaginada.

En su primera salida al extranjero, en 1869, consigue en Ginebra el apoyo de Bakunin, quien ve en él a su «alter ego». Ambos colaboran en el «Catecismo revolucionario», y durante mucho tiempo ha sido discutida cuál sería la identidad verdadera de esta obra revolucionaria llevada al paroxismo. Según Heller, la publicación en 1966 de una carta de Bakunin, a Nechaiev, encontrada en los archivos de la hija de Herzen parece librar a Bakunin de la acusación.

Bakunin se siente deslumbrado por su discípulo, quien no duda en inventar leyendas y mentiras para acrecentar su fama de revolucionario perseguido y que sufre por la causa. Al regresar a Moscú, Nechaiev es objeto de un nombramiento por Bakunin de jefe del ala rusa de la «Unión Revolucionaria Mundial», y empieza a ganar adeptos con sus fantasías sobre la «Unión Revolucionaria Mundial» y la sociedad de la «Justicia del Pueblo», quienes, según Shub, eran tan inexistentes la una como la otra (17).

Una vez regresado a Moscú y para probar su afán de destrucción, «construir no es cosa nuestra sino de los que vendrán después», así como la fidelidad sin límites que exige a sus afiliados, ordena el asesinato de uno de sus miembros, Ivanov, acusándole de confidente de la policía. Fue asesinado. La razón era sencilla, pero Nechaiev lo ocultó: Ivanov había desconfiado de la existencia de esa gran red conspiratoria —existente solo en un grado muy reducido— que Nechaiev afirmaba. Podía haberle descubierto como embaucador y que gracias a la mentira conseguía sus apoyos —Herzen le había dado una suma importante para sus acciones deslumbrado ante tal revolucionario de nuevo cuño—.

Nechaiev fue acusado de asesinato y huyó al extranjero, pero detenido en Zurich fue entregado por el gobierno suizo a las

---

(17) DAVID SHUB: *Lenin*.

autoridades zaristas, ya que en Rusia no estaba en vigor la pena de muerte, que sí lo estaba en las democráticas Inglaterra y Francia.

Bakunin procura entonces desligarse de su discípulo, pues durante su segunda estancia en Suiza había despertado ya sus celos por su extremismo; muy bien descritos todos métodos y actividades revolucionarias por Dostoievsky en la citada obra de «Los endemoniados».

Bakunin, en carta a un amigo, dice que Nechaiev «no conoce la duda ni se detiene ante nada, y que es tan implacable consigo mismo como con los demás, es un fanático, un fanático leal pero muy peligroso...», ha llegado al convencimiento de que para crear una organización activa y fuerte hay que apoyarse en la filosofía de Maquiavelo y adoptar el lema de los jesuitas: «violencia para el cuerpo, mentiras para el alma». A excepción de un reducido grupo de dirigentes escogidos, todos los miembros deben de servir de instrumentos ciegos en manos precisamente de aquellos dirigentes obligados a permanecer unidos entregados a la causa. «A tales miembros se les puede engañar, comprometer del modo que sea, robar y hasta asesinar si es necesario...», cuando todos juntos se le echaron en cara tuvo la osadía de replicar: ¿y qué? Así es nuestro método, consideramos enemigos a todos los que la desapruaban o se resisten a aplicarlo y queremos que es deber nuestro engañar y desacreditar a cuantos rehúsan nuestro camino hasta el final».

¿Es que no resulta de una claridad nítida ver en las palabras de Nechaiev la semejanza con la actuación del futuro miembro del partido bolchevique?

Y esta afirmación es totalmente exacta en lo que el estudiante Yenisherlov, muy vinculado a los desórdenes de San Petersburgo en los sucesos de 1868-1869, denomina nuevos principios de la acción revolucionaria, y, en particular, la teoría de la honradez del miembro del partido. «La honradez absoluta no existe, tan solo existe la honradez del partido». ¿Más semejanzas?

Cuando fue entregado Nechaiev por el gobierno suizo a las autoridades zaristas —otra vez las similitudes con situaciones ac-

tuales— hubo gran escándalo en todos los medios «progresistas», por considerar que se había violado el derecho de asilo. Nechaiev explota su propaganda hasta el último momento, ahora dispuesto a cumplir el papel de mártir; el hombre que se reía descaradamente del liberalismo, de la partitocracia y del constitucionalismo, se aprovechaba de esto para crear ambiente internacional contra el régimen de Alejandro II.

Su prisión, considerada también por todos los «progresistas» como verdaderamente terrible, mazmorta infernal con toda suerte de torturas es también la leyenda de un martirio falso. Nechaiev murió en la enfermería de la fortaleza de la prisión de Pedro y Pablo en 1882; loco y tras nueve años de prisión, un año después de que sus seguidores hubiesen asesinado al zar Alejandro II. Su proselitismo y capacidad de captación era tan grande que se le tuvo que cambiar varias veces a sus guardianes para evitar que los captase a sus ideas.

### Zaichnevski.

Se ha dicho que en toda revolución siempre hay uno más revolucionario que expulsa al primer protagonista, y que está destinado a considerar moderado lo que ayer tan solo era extremista. Pues bien, con Zaichnevski (18) nos encontramos, probablemente, con el extremismo revolucionario llegado al límite, por lo menos hasta el punto que nosotros conozcamos.

«La «joven Rusia» representa la apología de la revolución llevada a sus últimos extremos y consecuencias. Zaichnevski, a sus 19 años, cuando escribe esta proclama, en 1862 —curiosamente escrita en la cárcel, lo que demuestra la extraordinaria to-

(18) Piotr Zaichnevski (1842-1896) es otro personaje que responde a las características descritas por Dostoievski en *Los endemoniados*. Zaichnevski ha pasado a la historia como el autor de la proclama clandestina «La joven Rusia», aunque según algunos autores nunca pudo identificársele con pruebas documentales sobre ello. Pero parece existir una certeza evidente sobre este tema y así se asocia de forma ya indefectible «la joven Rusia» con Zaichnevski (n. del a.).

lerancia del sistema existente frente a lo que sería el «gulag» soviético—, lleva hasta el delirio el extremo revolucionario.

Zaichnevski llega a decir textualmente: «Pronto llegará el día en que desplegaremos la gran bandera del futuro, la bandera roja, y al grito de batalla de ¡viva la república social y democrática rusa! marcharemos sobre el palacio de invierno para aniquilar a todos sus ocupantes. Es posible que baste exterminar a la familia imperial, es decir, a un centenar de personas en total. Pero también es posible que el partido imperial se ponga en bloque a defender a su emperador; en tal caso, seguimos como estamos de nosotros mismos, de nuestra fuerza, de la adhesión del pueblo a nuestra causa y del glorioso futuro de Rusia, destinado a ser la primera en hacer realidad el gran ideal, lanzaremos el grito: ¡Usad el hacha!, y aniquilaremos el partido imperial... el clamor general será: «¡Matadlos, matadlos en las plazas públicas, en sus casas, en las calles de las ciudades, en los pueblos y en los caseríos! Recordad que cuando suena la hora, quien no está con nosotros estará contra nosotros».

Lenin, a lo largo de su vida, tiene escrito en varias ocasiones aquello de que quien no esté con nosotros estará contra nosotros y preconizará el exterminio claro de todos los opositores.

Sigue diciendo Zaichnevski que el nuevo orden será ejercido por medio de la dictadura y no se detendrá ante nada, que el gobierno resultante dirigirá las elecciones para la asamblea nacional y —esto es sorprendente por su claridad— se cerciorará inmediatamente de que ninguno de sus miembros sea partidario del orden actual, suponiendo que para entonces quede alguno vivo. De nuevo las palabras excusan cualquier comentario.

Zaichnevski llegó a desatar el miedo y la preocupación en algunos círculos revolucionarios, particularmente entre los «*revolucionarios moderados*». Así, el mismo Chernichevski parece que trató de calmar el extremismo de los miembros de «la joven Rusia». ¡Chernichevski considerado como *moderado*!

Zaichnevski después de ser detenido pasó gran parte de su vida desterrado en Siberia y en zonas alejadas de su lugar de origen. De gran facilidad para atraer a los oyentes, y a los lec-

tores a sus ideas, disfrutó de numerosos éxitos en una agitada vida sentimental. A pesar de estar hasta su muerte bajo vigilancia policial, en 1896, Zaichnevski pudo desarrollar claramente su actividad revolucionaria.

Zaichnevski representa el extremo del jacobinismo: «toda revolución que teme ir demasiado lejos no es verdadera revolución». Sus frases son de claridad nítida, la «joven Rusia» hace la apología más exaltada que imaginarse pueda: «... seremos más consecuentes que los lastimosos revolucionarios franceses de 1848; pero solemos también ir más lejos que los grandes campeones del terror en 1792. No retrocederemos incluso si para derribar el orden establecido nos hace falta verter tres veces más sangre que los jacobinos franceses...». Palabras desgraciadamente proféticas, pues no serían tres veces, sino 300 veces mayor la sangre derramada por los revolucionarios en el siglo XIX.

Como hemos visto es el jacobinismo llevado a su extremo, lo cual es aprovechado después por los bolcheviques, pero con una particularidad esencialmente diferenciadora. Zaichnevski no era marxista y concebía la construcción de una sociedad nueva en base a la peculiar estructura de la «Obschina». Zaichnevski era demasiado precoz aún para el papel revolucionario del proletariado, y aún basaba su revolución en las masas campesinas.

Sin embargo, es innegable la influencia de «La joven Rusia» sobre los bolcheviques, y los discípulos jacobinos de Zaichnevski acabaron en el partido bolchevique. Incluso un historiador marxista ruso ya citado otras veces, M. Pokrovski, ve en la proclama de Zaichnevski un esbozo primitivo, pero cierto, de los desig-nios bolcheviques.

### **Tkachev...**

Tkachev (19), en el período de su juventud, durante su estancia en prisión llega a concebir la más grande aberración ex-

---

(19) Piotr Nikitich Tkachev (1844-1885) es muy probablemente, des-

tremista que hayamos podido conocer, incluso superior a Zaichnevski, aunque posteriormente evolucionaría no en el camino de ese extremismo infantil. Llegó a proponer que la solución de Rusia estaría en liquidar físicamente a todos los mayores de veinticinco años, considerando que los vicios y los prejuicios de la sociedad eran tales que sin purga de esas medidas no tendría solución nunca el problema ruso.

Como irónicamente se ha dicho, al cumplir el límite fatal de los 25 años olvidó el proyecto de esa idea luminosa. Tkachev conocía también a Nechaiev y había colaborado con él, resultando acusado en el juicio contra Nechaiev y sus seguidores a finales de 1871. A pesar de la gravedad de los cargos, la sentencia fue suave y pudo salir al extranjero, concretamente a Suiza, en 1873.

Sigamos a Ulam, en una descripción sucinta de Tkachev: «el paso del tiempo no colaboraba con la revolución en Rusia. Por el contrario, el crecimiento del capitalismo y de la industria traía consigo el conformismo y la moderación. Tkachev admiraba como todos sus contemporáneos a Chernichevski, pero no creía que el futuro perteneciera al hombre nuevo. Si se dejaba pasar la oportunidad, el futuro pertenecería a la clase media, ávida de dinero y la minoría fervorosamente revolucionaria iría derecha al colapso». Así, pues, ese tema instintivo de los fanáticos... ese temor de que su revolución pudiera escaparse, de que en su generación no hubiera el levantamiento sangriento final tiene su más fuerte expresión y su formulación más razonada en la obra de Tkachev.

En efecto, el mismo Lenin en 1916 en Zurich llegaría a confesar que ellos ya no veían la revolución, que pasaría a otra

---

pues de Chernichevski, el revolucionario ruso del siglo XIX que más influiría sobre el pensamiento y la obra de Lenin.

Al igual que tantos otros revolucionarios, como hemos visto, era de origen noble, y se distingue de Zaichnevski, con el que se había relacionado, por ser un pensador original. Su vida es trágica, como la de casi todos los revolucionarios, pues a los 17 años ya fue encarcelado y murió en un manicomio a los 41 años (n. del a.).

generación; es esa preocupación fundamental del revolucionario que no ve el triunfo de su obra.

Tkachev desempeña un papel muy importante en la futura formación de Lenin y del partido bolchevique, en el aspecto fundamental de una minoría dirigente en la formación de la revolución. Huye del anarquismo y de las ideas de Bakunin de pensar que el pueblo por sí solo se levantaría. Considera el anarquismo como una meta deseable, en un tiempo muy lejano, alejada totalmente de la realidad. Cree que hay una minoría que es la que debe fomentar, preparar, dirigir la revolución.

Tkachev, como bien señala Foyaca de la Concha, muestra también su interés por la revolución socialista marxista, reconociendo el método de Marx, como el único válido en economía política; pero discrepaba al afirmar que el proceso previsto en la transformación del capitalismo no era aplicable en Rusia por falta de un gran proletariado urbano y por diversos motivos que abundaban en ello. No podía, pues, esperarse el desarrollo del capitalismo y al triunfo de una revolución constitucional burguesa. Solo una minoría disciplinada que usara hábilmente al pueblo inconsciente en apoyo de una insurrección armada podría aniquilar al gobierno zarista, si previamente se le desorganizaba con el terrorismo (20).

Específica base de antecedente del bolchevismo; no brotes aislados estériles, sino una revolución general, bien organizada con una dirección central indiscutida como hemos visto antes y que conquistara el poder político.

El antecedente del partido bolchevique, de la minoría profesional de revolucionarios, alumbra en la páginas de Tkachev. Su hermana escribiría en 1913, que cuando Tkachev salió de la cárcel de Kronstadt, además de pedir rejuvenecer a Rusia, matando a todos los mayores de veinticinco años, consideraba que por el bien común, por el advenimiento de esa sociedad, no solo se podía, sino que se debía sacrificar a algunos individuos.

David Shub, en su completa biografía de Lenin, recoge esas

---

(20) MANUEL FOYACA DE LA CONCHA: *El pensamiento de Lenin*.

palabras de su hermana: «para él la mayoría era una masa indolente, incapaz de entender y defender sus intereses. La consciente minoría revolucionaria tendría que crear un sistema nuevo y mejor para la mayoría y obligarla a aceptarlo».

Esta fe en esa minoría, dotada mesiánicamente para la salvación contra la opinión de la mayoría, y a la que se le impondrá la salvación por la fuerza, estará recogida, salvo en el papel marxista correspondiente al proletariado, en Lenin, y en el futuro partido, primero bolchevique, luego comunista. La masa no puede salvarse por sí misma, no solo es incapaz de comprender sus objetivos, sino que por sí sola nunca podrá conseguir la revolución.

Hay que crear esa minoría revolucionaria, sin la cual nunca se hará efectiva la toma del poder. «Para tomar el poder se precisa una conjura. Para preparar esa conjura se necesitan disciplina y organización», decía Tkachev.

Tkachev, para ello, necesita crear el hombre del futuro —identificación con Chernichevski, y desde luego con el futuro «homo sovieticus»—. Ese hombre ha de «someter enteramente sus actividades, su vida, a una aspiración, a una idea apasionante: aportar la felicidad a la mayoría de los hombres, invitar al mayor número al festín de la vida. La realización de esta idea se convierte en el único imperativo de su acción, puesto que concuerda perfectamente con su concepción de la felicidad personal». Son palabras del artículo de Tkachev escrito en 1868. «El hombre del futuro y el héroe pequeño-burgués». Es, en frase de Heller, el hombre del futuro, el hombre nuevo, el ser superior, opuesto al pequeño burgués, criatura inferior.

Tkachev, al igual que Harzen, Belinski, Nechaiev, Chernichevski, Zaichnevski, puede caer también en ese utopismo mesiánico, característico de los herederos de un jacobinismo y de las visiones de un Robespierre en lo sangriento. También, si nos retrocedemos más, hasta la nefasta utopía rusioniana, y que llevará desde las reformas por la educación, a las reformas mediante el exterminio; no importa la cantidad de seres humanos que fuese necesaria.

Tkachev aún no señala, como Marx y después Lenin, al proletariado sino al campesinado cual protagonista de la revolución social. Provocará el enfado de Lavrov, quien se negaría a publicar en su revista la visión del paraíso, ofrecida por Tkachev, cuando la revolución hubiese sido ya cumplida:

«El labrador llevará una vida fácil y alegre. Su bolsa se llenará de onzas de oro, no de calderilla —otros traductores dicen monedas de cobre—. Sus reses y aves de corral serán incontables. Toda clase de manjares, confituras y exquisitos vinos cubrirán su mesa desde el alba al ocaso. Comerá hasta hartarse, y trabajará cuando él quiera, no cuando se lo mande otro: si te apetece, come; si te apetece, tumbate en la cama. ¡Qué vida tan maravillosamente feliz!».

No es la fácil utopía la que aparece tan solo aparentemente en las palabras de Tkachev, sino también el halago a los deseos del campesino, que como cualquier hombre piensa por qué no sería posible ese mundo de holganza, donde todo le estaría permitido.

Una vez más, en los precursores de Lenin —y Tkachev fue de los más importantes— el anuncio del estadio final de una sociedad idílica. Pero para conseguirla no se podrá reparar en sentimentalismos. Todo será válido para alcanzar esa meta.

Lavrov, más en el estilo de los socialistas utópicos, reaccionará negándose a publicar dicha visión, indicando que «ningún afán revolucionario podía justificar semejante designio de fomentar en el pueblo bajas pasiones de gula y pereza».

Lavrov muestra en sus palabras que ha quedado retrasado. Está todavía entre esos socialistas utópicos. No ha dado el paso siguiente. El de los pre-bolcheviques. El halagar lo que sea necesario, el prometer un futuro que será aplazado *sine die*. No importa, ese halago, esa esperanza, son también necesarios para el triunfo de la revolución.

Tkachev considera —y así lo escribiría en 1875— que un revolucionario deberá utilizar todo y cuanto crea necesario para ayudar a la revolución. Incitando al pueblo con los motivos que sea.

Pero Tkachev —una vez más los precursores de Lenin y su influencia sobre su obra— no cree que la revolución se agote con el derrocamiento del antiguo estado y su sustitución por uno nuevo. No, la revolución es solo el prólogo a la obra definitiva.

Para ello es vital destruir todo lo que quede del antiguo régimen, hasta sus últimas consecuencias, y aprovechar el instinto revolucionario popular para destruir a sus enemigos. Entonces la minoría revolucionaria —¿qué otra cosa, si no, sería el partido bolchevique cuarenta y dos años después?— no necesita contar con el pueblo, inconsciente y no preparado para cumplir su propia misión, que le es fijada por ese núcleo de revolucionarios profesionales. Solo cuando se hayan cumplido esas condiciones —que por otra parte pueden retardarse indefinidamente—, esa minoría de profesionales de la revolución habrá cumplido con su misión.

Para dicha élite resultará posteriormente fácil toda justificación. Extraerán una condición subjetiva de su manga, y allí donde truena lucirá el sol enseguida para ellos.

Tkachev rompe con esa ética característica de tantos progresistas utópicos. Su ética será relativa en el hombre del futuro. La revolución es una «ley histórica». «Tenemos que reconocer a cada uno el derecho de adoptar en la práctica una actividad crítica, no dogmática, respecto a las leyes morales».

Lenin superaría, naturalmente, a Tkachev, no solo con la toma del poder, sino con su afianzamiento. Se ha dicho, y con toda razón, que 1917 no demuestra el genio de Lenin, sino los años que siguieron.

### Conclusiones.

Hemos visto lo más escuetamente posible la influencia innegable y cierta de los autores no marxistas en el pensamiento y en la obra de Lenin. Y, por consiguiente, en el origen del comunismo ruso.

Las influencias de Nechaiev, Zaichnevski, Belinski, Herzen... y sobre todo de Chernichevski, en primer lugar, y después de Tkachev, contribuyeron de forma decisiva a la constitución del leninismo. No solo marxismo, «el más fácil y lúcido intérprete del marxismo», como repiten incansable y monótonamente sus exégetas, sino combinación de Marx con revolucionarios genuina y específicamente rusos.

Adaptabilidad de Marx, sobre todo del Marx jacobino, del Marx de «La guerra civil en Francia». De un Marx del que, comenta con erudición Falcionelli, aprendería Lenin menos sobre la comuna de París que de Lavrov y Blanqui. «Marx... le habría enseñado —a Lenin— la necesidad de destruir todas las estructuras existentes una vez conquistado el poder, pero aquellos le hicieron ver que esto no podía conseguirse por medios legales, reformistas. ¿Para qué reformar si hay que destruir todo? Primero conquistar el poder. Para ello no se puede contar con el mundo del trabajo —máxime en una nación predominantemente agraria como era Rusia—, que por sí sola nunca tendría conciencia de clase y menos aún revolucionaria. El poder se conquista con un golpe de mano sorpresivo, llevado a cabo en pocas horas por grupos reducidos pero altamente adiestrados de revolucionarios profesionales».

Esto no es de Marx, desde luego, ni siquiera original de Lenin, es de Blanqui a través de Tkachev; occidentalismo y populismo.

Interpretando solo a Marx, y aun perfeccionándolo, nunca habría surgido el movimiento bolchevique como posibilidad real de poder. Y, desde luego, que ni habría existido el estado comunista, ni el «homo sovieticus».

Pero su formación fue posible por el Lenin basado en Chernichevski y Tkachev, y no por una pretendida tradición autocrática rusa que se quiere presentar como heredera del zarismo. Cuando ese zarismo cruel, tiránico y desalmado solo existe en una deformadora visión de la historia de Rusia. Una Rusia existente en la pluma de un gran conocedor, pero deformador sistemático de la realidad y de la historia rusa y culpable de la deformación

de tantos soviétólogos: Pablo Nikolaievich Miliúkov, quien en 1988, en vez de 1917, sería un clásico «liberal» (21) norteamericano de los descritos tan acertadamente por Thomas Molnar y Vladimir Bukovski; por consiguiente, su interpretación de la historia es sectaria bajo visos de imparcialidad.

La influencia de Miliúkov en su exilio francés, como maestro indiscutible en La Sorbona, en la Facultad de Letras Rusas, ha sido la principal inspiradora «científica» de la leyenda negra antizarista. Casi toda la historiografía rusa de Occidente, incluso entre autores nada sospechosos de bolchevismo, está influida por el punto de partida sofista de Miliúkov.

Para Miliúkov todo lo anterior a Pedro el Grande debía ser rechazado; nada había que salvar del rico pasado ruso. Política-

---

(21) El concepto de liberal estadounidense tiene muy poco de similar con el liberal europeo y con el liberalismo del viejo continente. Muchos comentaristas políticos y numerosos periodistas tratan en sus crónicas y escritos del «liberal» estadounidense, sin diferenciarlo del europeo, y sin introducir un factor corrector. Es algo distinto al sentido habitual en Europa del liberalismo. Es algo parecido al error cometido con frecuencia en el periodismo económico al hablar de billones cuando se traducen artículos o noticias norteamericanas. El billón en los Estados Unidos son mil millones, por ejemplo, de dólares, y no un millón de millones. Por tanto, y dadas las magnitudes actuales, cualquier gran empresa es «billonaria» en los Estados Unidos. A pesar de la inflación, todavía en Europa y aun en España, es difícil ser billonario.

El «liberal» en los Estados Unidos suele estar sistemáticamente inclinado a la izquierda, es enemigo de la libre empresa entendida en el sentido de los liberales europeos, es intervencionista y próclive a la tutela. Propenso en política exterior a condenar los sistemas autoritarios de derecha, pero tolerante no ya con los autoritarismos, sino con los totalitarismos de izquierda.

Utópicos al máximo, ven las cosas con óptica generalmente alejada de la realidad cotidiana, como ellos quisieran que fuese. Hipercríticos con cualquier planteamiento conservador en su nación, son a menudo tolerantes y comprensivos con cualquier dictadura y tiranía en cuanto se disfrace de «progresista».

Irónicamente, un ruso citado por Bukovski, los define: «son como un perro que gruñe y enseña los dientes a su amo y mueve la cola ante un extraño» (n. del a.).

mente intervino en la fundación del partido «Kadete» —constitucional democrático—, y su actuación responde a la de ese «liberal» típico entendido según los Estados Unidos. Luchador en el advenimiento de la revolución radical-liberal, se agota políticamente en la misma.

Una vez llegado Lenin al poder, su papel político desaparece, pero entonces el Miliúkov profesor dicta a los estudiosos de la época su peculiar visión liberal de la historia rusa. Generaciones de estudiosos asentarán después su conocimiento de Rusia en bases falsas.

El gran reformador Alejandro II carace de protagonismo; solo los déspotas y sanguinarios Iván y Pedro tienen importancia. El resto del zarismo es barbarie, crueldad, ignorancia, según Miliúkov.

Ese zarismo pretendidamente cruel, inhumano, despótico, que se quiere como precursor de la dureza soviética, como si esa tiranía fuese consustancial a Rusia y a sus gentes, solo existió con los que precisamente son considerados como grandes reformadores por los bolcheviques: Iván el Terrible y el déspota criminal y loco Pedro I, Pedro el Grande.

Incluso en el estado psiquiátrico de los personajes, en sus venganzas personales, en la humillación a sus enemigos, existen analogías innegables entre Pedro I y Stalin. Pero extender al conjunto de los gobernantes rusos de los tres últimos siglos esa característica de crueldad y despotismo es algo, al menos, inexacto y no identificado con la realidad histórica.

Identificación bolchevique con la tradición revolucionaria, adaptada y mejorada, e incluso aún superada por la lógica evolución de los tiempos y del progreso en los aspectos materiales; pero no con una tradición absolutista.

La tradición revolucionaria de esos grandes trastornadores del orden social, ya en los siglos XVII y XVIII, como los Steñka Razin y Emeliam Pugachev, antes citados. Revolucionarios, a diferencia de los posteriores del siglo XIX, incultos, rudos y zafios. Pero que, a diferencia también de sus continuadores refinados y cultos, los Nechaiev, Zaichnevski, Chernichevski..., llegan

a implantar esa revolución físicamente, no sobre páginas más o menos brillantes. Es muy poco conocida, como en tantos otros aspectos en esta época de superficialidad y de cultura radiofónicas, de «best sellers» y de televisión la premonición de José de Maistre, cuando era embajador en San Petersburgo: «Es imposible imaginar lo que podrá suceder cuando surja aquí un Pugachev de universidad». Premonición verdaderamente profética, pues se anticipa casi en 100 años al triunfo de Lenin.

Se considera generalmente como aserto indiscutible la personalidad marxista de Lenin, pero —al menos en España— se olvida al Lenin inspirado en la tradición revolucionaria rusa. Se llega a extremos ridículos por los exégetas al presentar esa identificación entre Lenin y el marxismo cuando era un jovencito, preocupado por la cultura y la subversión. Resulta, cuando menos, difícil creer que en el verano de 1886 un Lenin de diecisiete años, ya estudiaba la ardua y difícil obra de Marx. Concretamente devoraba el primer tomo de «El Capital»; que, además, hacía muy poco que acababa de ser traducido al ruso, en 1882.

Lenin, a quien sí leía entusiasmado en aquella época era a Chernichevski. Según Weber, Vladimir Ilich estuvo hasta la ejecución de su hermano Alejandro al margen de sus actividades revolucionarias, y la anécdota recogida generalmente en las biografías apoloéticas, en la que Alejandro había entregado al joven Volodia «El Capital», de Marx, poco antes de su detención, es una leyenda destinada a glorificar al Lenin joven.

En vez del «divino Niño ante los doctores», es el joven Volodia recibiendo el mensaje en el que la revolución le ilumina ya para su brillante destino.

Trotsky —algo más que añadir a su condena por el aparato oficial— sostiene que Alejandro no llegó a tener influencia sobre Lenin en ese aspecto. Pero incluso el propio Lenin, en una conversación con Lalaianz, un compañero de revolución, al referirse al atentado terrorista de su hermano Alejandro contra el Zar, dice: «A todos nosotros nos sorprendió la participación de Alejandro en el acto terrorista. Quizá nuestra hermana Ana supiera algo. Yo, desde luego, no tenía ni idea».

El pretender que el joven Volodia, con diecisiete años, ya era un estudioso del marxismo no resiste ningún análisis serio. Cae en el campo de la hagiografía comunista. Algo propio para formación de los pioneros o de miembros del kosnсомol.

No hay duda, sin embargo, que después de la ejecución de su hermano, Lenin sí se precipita en el campo revolucionario. Pero hasta 1888 ó 1889 no parece especialmente interesado por el marxismo, que empieza a ser conocido entre los revolucionarios rusos más allá de círculos de estudio reducidos.

Aunque Lenin entraría a formar parte de un círculo marxista dirigido por N. E. Fedosseiev, quien le obsesiona es Chernichevski, a quien lee y relee repetidas veces. El «¿Qué hacer?» chernichevskiano le marca, según confesaría el propio Lenin, «para toda la vida».

El marxismo, esto es innegable, constituiría el sustrato ideológico de Lenin, pero el marxismo sería adaptado a la situación rusa. Lenin llegaría a Marx, pero desde Chernichevski, y éste daba la mayor importancia a la actividad. Su admiración ante la socialdemocracia alemana fue cierta, pero también reprocharía a ésta su falta de actividad.

A los pontífices del marxismo Lenin los criticaría por haberse desviado de esa actividad, por caer en lo que —aún no existía el término— podría calificarse de «desviacionismo».

El marxismo para Lenin no era una teoría determinista de la evolución de la sociedad; era algo que necesitaba actividad como esencia básica del mismo. El «factor subjetivo» adquiere primordial importancia en su visión de Marx. En lo que sería el «marxismo-leninismo».

Y esa actividad no surgiría en Lenin por generación espontánea. Es la influencia de los revolucionarios rusos, sobre todo de Chernichevski. La propia mujer de Lenin, la Krupskaja, afirmaría que la primera de las obras fundamentales de Lenin, «El desarrollo del capitalismo en Rusia» había sido escrita «gracias a la influencia que Chernichevski había ejercido sobre él».

Tenemos una prueba ya concreta en su primer trabajo conservado —publicado en fecha tan tardía como 1923— que fue escri-

to en la primavera de 1893. No se ha encontrado otro trabajo anterior, aunque se sospecha que existieron, pero se han perdido. Es el titulado «Nuevos procesos económicos en la vida campesina», polémica sobre la obra de V. J. Postnikov, «La economía agraria en la Rusia meridional». En dicho trabajo, Lenin critica a los nacionalistas que decían que en Rusia no existía evolución hacia el capitalismo. Ya empieza a apuntar el Lenin marxista, sin recurrir a especulaciones a veces indemostrables.

Pero Lenin, como hemos visto, no solo se inspiraría en Gher-nichevski, sino que la influencia de Tkachev y de Nechaiev desempeñarían un papel muy importante en lo que se ha dado en llamar «interpretación voluntarista del marxismo». A pesar de sus críticas a los revolucionarios tradicionales, los «narodniki», puestas de relieve ya en su obra escrita en 1894: «¿Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas?», resulta innegable en Lenin la presencia del voluntarismo. La formación de un núcleo de revolucionarios profesionales que desembocarían en esa adaptación peculiar del marxismo.

El Lenin que desde la ejecución de su hermano, en 1887, evoluciona hacia el marxismo abiertamente en 1893, posee de forma indeleble en la estructura básica de su pensamiento la influencia peculiar de ese contenido revolucionario ruso.

Y es que en el marxismo-leninismo aparecen elementos que arrinconan definitivamente toda interpretación de un marxismo determinista y evolutivo de la sociedad. Elementos de un Tkachev, quien para conseguir el triunfo de la revolución consideraba imprescindible contar con la minoría, que era el núcleo de profesionales. De un Nechaiev, del que Lenin reconocería sus dotes para poner de relieve, donde fuese y como fuese, las reglas y las técnicas conspiratorias.

Mas Lenin no sería solo otro Tkachev, u otro Nechaiev, o cualquier revolucionario dominado exclusivamente con la fijación revolucionaria. Superaría a Chernichevski y antecesores combinando el frenesí revolucionario con la frialdad y la disciplina. Núcleo de revolucionarios profesionales que sería minoría direc-

tora, pero íntimamente enlazado con los métodos de organización y producción del estado y sociedad por él concebidos.

Usaría todo lo que a su entender fuese útil del mundo capitalista, como los nuevos métodos de producción. Esa frase suya —archiconocida— al responder a la pregunta: «¿Qué es el comunismo?»: «Son los soviets más la electrificación», ilustra esa particularidad que le hace trascender a Chernichevski, Tkachev, etcétera.

Simbiosis de revolución sin idealismos, con el control, la disciplina y los nuevos métodos de producción. Es lo que se ha llamado culto a la producción, que llegaría al paroxismo con Stalin y sus planes quinquenales.

Otra característica básica y diferenciadora de la obra de Lenin y no solo de su teoría, sino de su práctica, sería la adaptabilidad a las circunstancias. Flexibilidad en vez del seguimiento ciego a unos esquemas rígidos.

Sus discrepancias con el que fuera pontífice del marxismo ruso, Plejanov, son un ejemplo elocuente. El marxismo de Plejanov no era un marxismo «activo», sino un marxismo que contempla la transformación de la sociedad capitalista como un hecho histórico e inevitable.

Lenin será el artífice del marxismo no «pasivo». Será el acelerador (22) de las condiciones subjetivas, el adaptador a las circunstancias de un marxismo jacobino. No del marxismo del primer tomo de «El Capital». Es el marxismo jacobino de «La guerra civil en Francia».

Lenin utilizará ese marxismo revolucionario adaptado a la sociedad rusa y a sus peculiares circunstancias. Será el contar con lo que dispone, y no con lo que le gustaría disponer; como aún no existen en Rusia las masas «ideales» con conciencia de clase, habrá que contar con la acción de los propagandistas y agitadores.

---

(22) Aclaración: «uskorenije» es la tercera de las voces o los términos que, junto con «glasnots» o «perestroika», son las palabras-clave utilizadas por la dirección soviética. Incomprendiblemente, todo el mundo en Occidente habla de «glasnots» y «perestroika», pero nadie cita «uskorenije».

Serán los hombres dedicados a la revolución, los revolucionarios profesionales. El personaje Rajmetov, de Chernichevski, adobado con el marxismo-leninismo. Rajmetov en su furor y pureza revolucionaria, mas con idéntico fervor por la aplicación de la industrialización y el desarrollo de la más moderna tecnología.

Sin los Chernichevski, Tkachev, Nechaiev, Zaichnevski, Belinki, Herzen..., no puede entenderse a Lenin, ni por tanto al marxismo-leninismo. Sin ellos puede entenderse e interpretar a Marx. Pero no el marxismo-leninismo. Ese culto a la violencia de casi todos ellos, con contadas excepciones como Herzen, esa violencia desgraciada pero cierta, nos trae a colación una frase de una importantísima figura política del siglo XIX situada en los antípodas de los revolucionarios rusos.

Bismarck, en frase recogida y glosada por el genio literario de Eugenio Montes, decía que resultaba evidente el que los grandes problemas históricos no se han resuelto nunca por constituciones, reglamentos, ni discursos, ni votos de mayoría, sino por el hierro, la fe y la sangre. Los políticos parlamentarios y partitocráticos, preocupados tan solo de organizar una falsa y tibia oposición de ruegos y preguntas, polémica convenida y mentirosa, llena de pactos, acomodados y entrevistas, nunca podrán comprender algo cuyo contenido es para ellos inalcanzable e incomprensible.

Por eso han estado, están y estarán, radical, total y absolutamente incapacitados para comprender el gran fenómeno del siglo XX: lo que es y significa el marxismo-leninismo.

### Bibliografía.

Es tan enorme la bibliografía existente sobre los revolucionarios rusos no marxistas del siglo XIX, que solo la enumeración de las obras relativas al tema, incluso de parte de las mismas, habría llenado excesivas páginas para este trabajo.

En un criterio personal se ha destacado solo los personajes más importantes, y los que presentan una característica básica en la intención y el fin del presente trabajo: señalar los antecedentes revolucionarios no marxistas en el origen ideológico y la formación de Lenin.

Por tanto, y atendiendo solo a la influencia no marxista en Lenin, he excluido a algunos personajes de primera magnitud como GEORGI VALENTINOVICH PLEJANOV, por considerarle desde muy temprano en su obra como marxista. U otros marxistas de menor entidad, cual DIMITRI NIKOLAIEVICH BLAGOIEV, NIKOLAI IVANOVICH ZIBER, P. A. LATYSHEV, TOCHISSKI, etc.

También he excluido a revolucionarios no marxistas destacados, alguno importantísimo, como MIJAIL ALEXANDROVICH BAKUNIN, aunque sí incluyo a alguno de sus adeptos. Al menos lo fue en un principio, cual NECHAIEV, por ser un elemento importante para el futuro bolchevismo.

Sin embargo, a pesar de su importancia revolucionaria, BAKUNIN no parece especialmente importante en la formación de Lenin. Se ha contrapuesto, a veces de forma exagerada, a MARX y a BAKUNIN. Pero sí es cierta la existencia de contrastes evidentes entre ambos. Obra más pensada y consciente la marxista; más ingenua y revolucionaria la de BAKUNIN.

Otros excluidos han sido PIOTR CHAADÁEV, el autor de la «Carta filosófica» y de «Apología de un loco». Importante, pero haría remontarnos tan atrás, que más sería una historia del pensamiento ruso que no las influencias revolucionarias sobre Lenin.

También fue excluido NIKOLAI ALEXANDROVICH DOBROLIUBOV, destacado revolucionario, e igualmente de origen clerical como los que luego veremos. Muy influido por CHERNICHEVSKI, pero alargaría excesivamente los límites de este trabajo.

Entre las obras consultadas, alguna de ellas ya releída varias veces por el autor, figuran varias de las que creo más fundamentales para el conocimiento del tema, y desde luego escritas por los mayores especialistas. Entre ellas destaco «Manual histórico de soviología», del profesor ALBERTO FALCIONELLI, editada por la Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Buenos Aires, 1983. Con ella demuestra FALCIONELLI, poco conocido en España, que es uno de los grandes conocedores, tanto de Rusia como del comunismo, al nivel que pueden estar los grandes eruditos, tipo BEÇANÇON. Además con tesis sumamente originales y sólidamente fundamentadas, totalmente en contra de la deformación que afecta a tantos «soviólogos» occidentales, seguidores ciegos de los sofismas de MILIÚKOV, personaje sobre el que insistiremos.

Otras obras utilizadas: «Los bolcheviques», ADAM B. ULAM, Grijalbo, Barcelona-México, 1969. La obra de ULAM es ya uno de los clásicos para el estudio de los orígenes del comunismo, con documentación abrumadora. «El hombre nuevo soviético»,

de MICHEL HELLER, Planeta, Barcelona, 1985. HELLER, colaborador habitual de la prestigiosa «Est-Ouest» es, en la actualidad, uno de los mejores soviétólogos mundiales.

«El misterio de Lenin», Argos-Vergara, Barcelona, 1894. Obra del italiano ENZO BETTIZA, que profundiza e investiga concienzudamente y de modo poco habitual sobre Lenin, aportando inestimables datos.

También la monumental obra inacabada del que, probablemente, sea el mayor especialista sobre LENIN en España, MANUEL FOCAYA DE LA CONCHA. Particularmente para este estudio ha sido útil y frecuente objeto de consulta el primer tomo de esa obra inacabada «El pensamiento de Lenin». «Los años juveniles de Vladimir Ilich Ulianov», Editorial Guadarrama, Madrid, 1971.

Entre las numerosas biografías de LENIN consultadas, figuran la muy potmenorizada y extraordinariamente detalla de LOUIS FISHER, también ya uno de los clásicos sobre el particular. La de GERALD WALTER, Grijalbo, Barcelona, 1967, gran conocedor y estudioso del personaje.

La de DAVID SHUB, muy completa y rigurosa, publicada en dos tomos por Alianza Editorial, Madrid, 1977. La mucho más reducida, y sin embargo buena divulgadora, de HERMAN WEBER, Barcelona, 1986.

La amplia parte dedicada a Lenin, por EDMUND WILSON, en su obra «Hacia la estación de Finlandia», Alianza Editorial, 1972, historia compendiada del socialismo.

La biografía, naturalmente apologética, de su mujer, la KRUSP-SKAIA, Editorial Madrágora, Barcelona, 1976, pero útil para conocer detalles y particularidades. Otras muy breves, y ya claramente hagiográficas y mitificadoras, como el esbozo biográfico de la Editorial Progreso, Moscú, 1962, en español.

La biografía de LENIN de R. PAYNE, «Vida y muerte de Lenin» y «Crítica de Lenin», de GERDA Y HERMANN WEBER, Anágrama, Barcelona, 1975, escrita en forma de síntesis sobre la obra leninista.

Por último, entre otros trabajos propios del autor, los publicados en *Verbo*: «1903. Un año decisivo en la historia del comunismo», «1905. El ensayo general revolucionario», «La incomprensión del fenómeno soviético» y «Perestroika y Glasnots»..